

plata» de la literatura española, en palabras de José Carlos Mai-ner-. El papel de la mujer, emergente en la España de los «feli-ces años 20» y, en especial, durante el corto período de la Repú-blica¹⁰ –en estos años la mujer obtiene, por ejemplo, el derecho al voto, el de la igualdad social entre sexos y los derechos de educación, trabajo y asociación por ley–, quedó truncado de golpe. Todo cuanto la mujer había conseguido y la República respaldó para que ésta abandonase el ámbito doméstico y se integrase activamente en la vida política, social y cultural, des-apareció con el corte brutal de la guerra civil. Un corte que, ade-más, fue seguido de un período sequía y silencio¹¹, en lo perso-nal y creativo.

Por si fuera poco, el fin de la guerra civil, además del desgarrón trágico y de la enorme herida fratricida, supuso, entre otros aspec-tos clave, la ruptura con la modernidad antes mencionada, el encastillamiento en la rigidez de ideas dictatoriales y, por supues-to, la eliminación de la «diferencia» –la de la mujer, entre otras-. Circunstancias claves que modelan y desembocan también en una atonía creativa. Y, en esta atonía, cómo no, la mujer padece con fuerza las consecuencias: regreso al espacio del hogar para, some-tida de nuevo, atender al descanso del guerrero y, por tanto, salvo

¹⁰ A la incipiente nómina de principios del siglo XX (Concha Espina, Cate-rina Albert Paradís, alias «Víctor Català»,...) pronto se sumó un buen núme-ro de escritoras y ensayistas de los años 20, 30 –y, después, en su mayoría, en el exilio–. Sirva la mención de algunos nombres sumamente importantes para la Cultura y la Literatura españolas (Concha Méndez, Ernestina de Cham-pourcín, María Teresa León, Josefina de la Torre, María Zambrano, Rosa Chacel, María Moliner, Concha Zardoya, Mercè Rodoreda, Elisabeh Mulder, Teresa Pamiès, Carmen Conde...) para obtener una radiografía más que aproximada de todo cuanto estamos apuntando. Por otra parte, en lo concre-to y cotidiano, cabe apuntar que la legislación republicana eliminó del Código Penal y Civil todas las leyes que condicionaban la subordinación econó-mica de la mujer al hombre, obteniendo ésta la posibilidad de evitar compor-tamientos del ser social pasivo y doméstico que tradicionalmente se le otor-gaban.

¹¹ «La guerra» –escribe Jordi García– «pareció matar el ciclo biológico de una cultura moderna. Es justo entenderlo así, porque eso transmitía la brutalidad triunfalista y devastadora del franquismo». *La resistencia silenciosa*, Barcelona, Anagrama, 2004, p. 383.

raras excepciones¹², destinada de nuevo a aceptar el silencio creador, su circunscripción al territorio íntimo y el acatamiento a una moral y a una tradición de costumbres cercenadoras. Nada que no estuviera permitido en el ideario fascista, le estaba permitido durante la primera década de posguerra.

Pese a ello, la llama se mantuvo encendida, en estado latente u oculto, pues las circunstancias franquistas, apuntaladas con el triunfo de las balas, abonaban tal excepcionalidad y, sobre todo, mantenían un falso retraso «higiénico» con respecto al resto de Europa y, por su puesto, la desconexión total –la autarquía famosa– con todo lo exterior, dado el control permanente de ideas, cultura, creación y personas. El parco eco femenino parece lógico y, también, que el esfuerzo se centrase en superar la indigencia –desde la miseria física a la intelectual– que se cernió sobre el país casi durante dos décadas. Esfuerzo obligado antes de pensar en la posibilidad –solamente– de la lucha de «acoso y derribo» frente al franquismo. Lucha que, en las décadas siguientes, acabaría cuajando aunque fuera, pese a las apariencias, de forma en exceso silenciosa.

Tras la caída de los fascismos europeos (fin de la II Guerra Mundial en 1945), comenzó el lentísimo retorno hacia una situación, cuando menos parecida a la de la España de preguerra –años 20 y 30– y, por tanto, a la necesidad de restaurar la conexión con Europa. El germen se siembra en los años 50, pero la cosecha se

¹² Una sequía literaria que es bien visible hasta mediada la década de los 40. En novela, salvo el caso de una jovencísima Carmen Laforet (Primer Premio Nadal con *Nada*, en 1944) y de una madura Carmen Conde que, junto a la anciana Concha Espina, continúan trayectorias previas a la guerra civil, la presencia de la mujer en la literatura sólo comienza a ser visible conforme se acerca el final de esta década, donde se funden las llamadas «generación del 36» y la del «medio siglo» (Dolores Medio publica *Nina* en 1946, Ana María Matute, *Los Abel*, en 1948) y, en especial, a lo largo de la siguiente: incorporaciones de Carmen Kurtz, Elena Quiroga, Elena Soriano, Gloria Fuertes, Mercedes Salisachs o, entre otras, Carmen Martín Gaité, Aunque algunas de ellas –caso de Gloria Fuertes o Mercedes Salisachs– ya habían publicado cuentos en revistas o habían escrito teatro antes de esta fecha. No obstante, al cerrar la década de los 50, resulta llamativo que de las doce convocatorias del Nadal habidas hasta 1955, cuatro hayan recaído en obras escritas por mujeres. Parece claro, la mujer comienza, de nuevo, a contar.

recogerá (aparentemente¹³) en los 80, tras el triunfo socialista en las elecciones de 1982. La derrota de los fascismos, junto a los nulos resultados derivados de las propuestas del oropel de amaneceres franquistas, obligó al cambio. Un cambio que, en la literatura, se traduce en una lenta «desideologización» del concepto totalitario todavía muy presente en los años 40. Un cambio que, en lo político, concuerda con el nombramiento como ministro, apenas iniciada la década de los 50, de Joaquín Ruiz Giménez, empeñado en la idea política de «mano tendida» al hermano adversario. De ahí que la década signifique el comienzo de la luz en el oscuro túnel de la España franquista.

Durante la década de los 50, de forma comedida, los españoles comienzan a madurar y se inician tímidamente, con menos anteojos, en la observación de su realidad personal y social. Si los años 40 fueron años de sequía en todos los sentidos¹⁴, los 50 marcan el comienzo de un despertar frente al universo que los vencedores prefabricaron durante la guerra y que luego asentaron en los primeros «años triunfales». Pero también marcan el inicio de la pérdida del miedo, pues la «seguridad», basada en el recuerdo de las armas y típica de la década anterior, entra en conflicto con ansias

¹³ Eduardo Subirats, en un incisivo artículo publicado en *Quimera* (nº 188-189, Febrero-marzo 2000, pp. 21-26) habla de una «cultura española, lastrada por su ilustración insuficiente, por la precariedad de sus tradiciones liberales, las limitadas reformas científicas y humanistas de sus universidades, y una tradición de intolerancia y autoritarismo» que se transforma en los 80 y 90 «en un bazar de filósofos-periodistas, una feria de zarzuelas convertidas a los medios de expresión fílmica y transmutación del arte neovanguardista en hipermercado»

¹⁴ En general, en la literatura de la inmediata posguerra reina el miedo. Por presencia o por ausencia. La ausencia es evidente, pero no por ello deja de tener su validez. Y la presencia se manifiesta en la loa y en la estética, signos de vasallaje o de evasión. Sin duda, en la mayoría de todo cuanto se editó en los años 40 se olvida, de manera consciente, la realidad circundante y envolvente, para refugiarse bajo el paraguas de aquello que el Poder espera de quien escribe. La vida como teatro, ruido, fanfarria o simple colorín lingüístico, respondiendo así a las ideas aún triunfantes, que no son otras que aquellas que desataron la violencia, la sangre, la muerte, el silencio. Seguridad, tranquilidad, saciar el hambre... antes que cualquier quimera de libertad. Y también, testimonio interesado y, por supuesto, vasallaje.

de libertad –de manera débil, claro–. Lo dice muy bien, con sorna, Jordi García: «Los años cincuenta no fueron más que un delicado semillero de incertidumbres, muy pendientes de la climatología adversa: formas de resistencia y modernidad contra el bárbaro ruido de casa, cuartel y sacristía»¹⁵. Y, a este semillero de incertidumbres que preludian una actitud nueva, está entregada, por supuesto, la literatura en general y, en particular, la practicada por la mujer, aunque ésta lo haga de manera muy incipiente. Con una lenta, pero irreversible, «desideologización» fascista transcurren los años 60¹⁶ y parte de la década siguiente que, en lo político –tras el fallido intento de «mano tendida», antes citado– se adecúa al reformismo técnico enarbolado por un gobierno donde, durante los 60, los miembros del «Opus Dei» adquieren fuerza. Y parejo a esta «desideologización» camina el germinar de un cambio necesario que igualmente adquiere fuerza, sobre todo tras su inicio desde la década precedente en los sectores intelectuales y obreros (problemas en la Universidad y conatos de huelgas). La literatura, entendida como «arma cargada de futuro», también toma partido en este proceso¹⁷, circunstancia que queda patente, sobre todo, en la corriente del Realismo Social.

¹⁵ Op. Cit., pp. 383.

¹⁶ Por otra parte, el país, necesitado de dinero y de reconocimiento, se abre al exterior –la vía del turismo, por ejemplo– abundando pausadamente en este abandono de ideologías trasnochadas.

¹⁷ En mayor o menor medida, cada cual con su aportación, autoras de épocas precedentes (Ana María Matute, Carmen Martín Gaité, Gloria Fuertes, Mercedes Salisachs, Angelina Gatell, Concha Lagos, Pilar Paz Pasamar...) junto a las incorporaciones en la raya de los 60 (Josefina R. Aldecoa, Concha Alós, Ana Diosdado, Marta Pesarro, Marta Portal, Elena Santiago...) y de los 70 (Ester Tusquets, Ana María Moix, María Luz Melcón, Ana María Navales, Marina Mayoral,...) formaran parte de este proceso cauterizador y renovador que, además, cierra definitivamente una etapa encorsetada y de aislamiento para la mujer.

Un proceso renovador con mirada femenina que volverá a manifestarse con nombre de mujer en periodos posteriores. Interesa aquí citar, por ejemplo adelantándonos a la época a comentar, la intuición del investigador literario Ramón Buckley que reserva a la mujer el papel más crítico en la cacareada «Transición» cuando sus homónimos masculinos parecen callar. Para Buckley, ésta época, tachada de histórica, cae bajo el escrutinio de la mirada femenina